



INTERNATIONAL CATHOLIC
CHARISMATIC RENEWAL SERVICES

SIRVIENDO A LA
RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN LA
IGLESIA CATÓLICA DESDE 1972

Boletín para Servidores

VIVIR PROFÉTICAMENTE

Padre Wojciech Nowacki
Consejero del ICCRS

LA NOVEDAD DEL ESPÍRITU SANTO

Shayne Bennett
Miembro Ejecutivo
de la Fraternidad Católica

LA TEOLOGÍA DE LA AMABILIDAD

Jane Guenther
Consejera del ICCRS

Preguntas a la Comisión
Doctrinal de ICCRS:

¿ES LEGÍTIMO HABLAR DE "IMPARTICIÓN" DEL ESPÍRITU SANTO?

BOLETÍN DE ICCRS PARA SERVIDORES

Formación para líderes actuales y nuevos de la RCC

■ VOLUMEN XXIV, NÚMERO 4

■ JULIO - SEPTIEMBRE 2018

VIVIR PROFÉTICAMENTE

■ Padre Wojciech Nowacki · Consejero de ICCRS



Este artículo analiza cómo vivir proféticamente. Como carismáticos podemos limitar los dones proféticos a una pequeña cantidad de tiempo dentro un grupo de oración. ¿Cómo debemos utilizar los carismas para vivir un estilo de vida profético?

La experiencia del Bautismo en el Espíritu Santo nos abre a un nuevo tipo de relación personal con la tercera persona de la Santísima Trinidad. Es el Espíritu Santo mismo el don más precioso que podemos recibir. Es Dios dándose al hombre. El Espíritu Santo nos equipa con dones que sirven para nuestra santificación personal y carismas que tienen como objetivo servir y edificar a la comunidad. Acogemos los carismas en su multiplicidad y diversidad tanto con alegría como con temor. Es el servicio de los carismas lo que nos hace "carismáticos". Pero existe el riesgo de que este legado extremadamente valioso pueda entenderse solo como una herramienta particular para realizar actividades específicas, generalmente en el contexto de los grupos de oración o en diversos servicios carismáticos. Esta manera de ver los carismas limita su impacto en nuestras vidas cotidianas. Esto se refiere sobre todo al carisma de la profecía, que entendemos como la transmisión de la palabra actual de Dios dirigida a la comunidad de personas o a la persona por la que oramos.

Sin embargo, debemos recordar que un profeta carismático no es una herramienta mecánica sino una persona viva que está invitada a cooperar con Dios de manera libre y consciente. La apertura al carisma de profecía exige cultivar una relación íntima con Dios, quien dirige Su palabra a una persona específica. La Palabra de Dios es viva y eficaz (ver Hebreos 4, 12) y debe ser escuchada y aceptada en lo más profundo del corazón. Por lo tanto, el servicio exige formar una sensibilidad constante a la palabra de Dios a través de la escucha permanente de su voz: «Habla, que tu siervo escucha» (1 Samuel 3, 10). En la experiencia del joven Samuel estas palabras significaban una nueva fase en el conocimiento de Dios. Samuel pudo comunicar eficazmente la palabra de Dios a otros solo cuando se convirtió en un oyente atento. El examen de conciencia diario, meditar la Palabra de Dios y escuchar su voz en la oración nos ayudan a moldear un enfoque como éste en la actualidad.

El carisma de profecía nos hace sensibles a la palabra de Dios dirigida a la comunidad o a las personas individuales por las que oramos. Esta sensibilidad es muy valiosa tanto en la oración como en la vida cristiana. Tener una experiencia personal

de la palabra viva de Dios fortalece el vínculo con Dios. El Espíritu Santo nos hace sensibles a las diversas maneras que tiene Dios de hablar. No sólo habla a través de las Sagradas Escrituras, las inspiraciones internas, pensamientos, imágenes, sino también a través de la palabra de otra persona, de acontecimientos y de la belleza de la naturaleza. Como dijo el poeta: "Me has hablado a través de todo" (C.K. Norwid).

Más aún, vivir proféticamente cada día exige una prontitud para compartir la palabra de Dios con otros. La palabra de Dios aviva mi fe, lo que trae consuelo, exhortación y soluciones específicas. Compartir esta experiencia puede ser muy útil para otros también. El Espíritu Santo despierta en nosotros la preocupación por las personas quebrantadas, tristes, desalentadas, para que puedan encontrar apoyo y ayuda en Dios. Dios también invita a los profetas modernos: «Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—» (Isaías 40, 1). Es una expresión de amor y cuidado por el prójimo para que no se quede solo. Además, la obediencia a la palabra de Dios desempeña un papel crucial en el estilo de vida de un profeta. Es necesario tener la determinación de transmitir la palabra de Dios, ya sea que le guste o no a la gente. El estilo de vida profético se expresa por medio de la disposición a ir contra la corriente contemporánea y la modernidad secular. Quienquiera que viva en el espíritu de profecía no sucumbe a la tentación de «traicionar a Dios por un par de monedas de plata que ofrecen una paz estéril» (Beato Padre J. Popieluszko). La obediencia a la palabra de Dios significa una sumisión que moldea las decisiones, elecciones y actitudes de cada día.

Finalmente, el estilo de vida profético exige una actitud de humildad. En efecto, no es el profeta el que decide si la palabra transmitida es una profecía o no. Debe ser discernido por la comunidad y por las personas responsables de ella. Es muy importante someterse al servicio de discernimiento de los pastores de la Iglesia. Debido a la transmisión de la palabra profética, un profeta no puede reclamar privilegios para sí mismo. Ejercer el carisma de profecía enseña humildad al rendirnos a las inspiraciones del Espíritu Santo y valor al transmitir la palabra. La humildad es una virtud muy valiosa que permite la revelación de la prioridad de Dios y la acción real del Espíritu Santo. Gracias a esta virtud podemos poner el bienestar de la Iglesia por encima de nuestras propias razones personales y beneficios.

Por lo tanto, no deberíamos separar el ejercicio del carisma de la profecía del estilo de vida profético cotidiano del cristiano.

LA NOVEDAD DEL ESPÍRITU SANTO

■ Shayne Bennett · Miembro Ejecutivo de la Fraternidad católica



“Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra; cambia radicalmente a las personas y la historia” (Papa Juan Pablo II, Encuentro con los Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades, mayo de 1998).

Cuando miro hacia atrás mi propia vida, puedo decir con honestidad que he experimentado la realidad de las palabras del Papa Juan Pablo II. Cuando tenía dieciséis años ya estaba buscando algo más. Al haber crecido en una familia católica y haber sido educado por una orden religiosa de sacerdotes misioneros, experimenté una desconexión real entre lo que me habían enseñado y lo que estaba experimentando. Ardía en mi interior una aventura por querer descubrir si Dios era real y qué diferencia podía hacer en mi vida. De hecho, me enfadaba bastante escuchar que Jesús había muerto por mí y sin embargo sentía un vacío tan grande. Sin duda si alguien muere por ti es para tu bien, no para dejarte en la indiferencia.

Encontré una respuesta a mi pregunta algunos meses más tarde cuando estaba estudiando para mis exámenes finales. Uno de los sacerdotes vino a la biblioteca y me invitó a mí y a algunos de mis amigos al grupo de oración. Como siempre, dijimos que no. Su única respuesta fue, “empezáis los exámenes la semana que viene, si yo fuera vosotros ya estaría rezando”. Bueno, quizá tenía razón de manera que allá nos fuimos al grupo de oración. En cuanto entré, supe que era un error. Estaban tocando la guitarra y parecían contentos y mi primer pensamiento fue: «esta gente no sabe rezar; rezar no es algo alegre». Bueno, pude aguantar el grupo de oración ya que recé dos Ave Marías en silencio y deseé que se terminara deprisa. Por fin se terminó y me estaba preparado para marcharme. Mientras recogía mis cosas, los profesores comenzaron a orar por los estudiantes y algunos de ellos tuvieron un descanso en el Espíritu. Eso era diferente; pero no lo suficiente para hacer que me quedara. Me dirigí hacia la puerta donde me encontré con uno de los otros profesores quien me miró y preguntó: «¿Ya han rezado por ti?» No sabía cómo responder pero le dije que estaría encantado de que rezara por mí. Desde ese momento, fue un poco como de locos porque el profesor oraba muy fuerte en lenguas y yo podía escuchar a mis amigos riéndose porque me habían atrapado intentando marcharme antes de tiempo. Sin embargo, en algún momento de toda esa actividad, todo se quedó quieto internamente y en ese momento me encontré con Jesús y supe que me amaba. Me dio una experiencia del poder del Espíritu Santo al recibir el don de lenguas y llenarme de una alegría que no se podía comparar con nada. ¡Esa sí que era una experiencia nueva!

Lo que sucedió la siguiente semana completó parte de la imagen. Mientras estaba parado bajo la ducha, pensando en esta maravillosa experiencia, una profunda convicción me invadió: si

esto me puede suceder a mí, le puede pasar a cualquiera; tengo que decírselo al mundo entero.

“Tengo que decírselo al mundo entero” es la historia de los siguientes 40 años de mi vida. Este “bautismo en el Espíritu Santo” es un don para ser compartido. Dios ha derramado su vida nueva sobre mí, no para que yo me la guarde para mí, sino para que dé testimonio libremente de la bondad de Dios e invite a otros a abrirse a experimentar esta vida de Dios por sí mismos. No imaginaba que compartir esta buena nueva me iba a llevar a expandirme mucho más allá de lo que yo quería pero en esencia siempre me llevaba a amar más.

En 1974, comencé a trabajar a tiempo completo en la Renovación Carismática Católica (RCC), sin salario, pero viviendo en fe (expandiéndome). Viajaba por todo el país con Brian Smith (uno de los primeros líderes de la RCC y fundador de la Comunidad Emmanuel aquí en Brisbane, Australia) para llegar tanto a los jóvenes como a los no tan jóvenes al compartirles el mensaje del evangelio. Dos años después, me uní a la Comunidad Emmanuel en donde mi esposa, Shanelle, y yo hemos vivido nuestros más de 40 años de matrimonio. Servimos en la comunidad, pero mi pasión siempre ha sido la misión. Dios nos dio la oportunidad de ir más allá de nuestro país y pasar tiempo con comunidades de los Estados Unidos; hemos ayudado al desarrollo de comunidades en Asia Sudoriental y luego en África. Hemos servido como directores de los NET Ministries (nombre en inglés; un ministerio de evangelización de jóvenes) y hemos formado a más de 1000 misioneros en países de todo el mundo. Hoy en día sigo trabajando con los NET Ministries para ayudar a desarrollar nuevos modelos de ministerio en el campus de las universidades, los cuales incluyen evangelización y discipulado. Durante los últimos 9 años he sido Director de Misión del Seminario Provincial del Espíritu Santo en Brisbane, mientras que Shanelle trabaja con los Ministerios de Misericordia (Mercy Ministries) como Asociada Pastoral para un Centro de cuidado de ancianos. Su labor principal es cuidar de las personas mayores y prepararles para la vida después de la muerte. Tenemos tres hijos casados y ahora tenemos 10 nietos, con uno que viene de camino (felizmente nos expandimos para amar más cada día).

Vivir en la “novedad de Dios” implica ser receptivos cada día a la gracia del Espíritu Santo que nos envía en una misión de amor. La novedad del Espíritu Santo no se refiere a lo novedoso, si no a rendir toda tu vida a Él y cuando lo haces, no tienes ni idea de la aventura en la que te has embarcado. Es asumir nuestra responsabilidad personal para renovar el mundo.

En este tiempo de Pentecostés, digamos cada uno “Sí” de nuevo a la novedad del Espíritu Santo, quien nos hace participar en una revolución de amor y ternura. 🏡

 **ICCRS**
International Catholic
Charismatic Renewal Services

Dirección postal: Palazzo San Calisto, 00120 Vatican City – Europe
Teléfono: +39 06 69 88 71 26/27
Fax: +39 06 69 88 72 24
Sitio web: www.iccrs.org
Correo electrónico: newsletter@iccrs.org

Rogamos que se pongan en contacto con la oficina de ICCRS para obtener permisos de reimpresión. El Noticiero de ICCRS se puede adquirir gratuitamente por correo electrónico y cuesta 10€ si se desea adquirir por correo postal. El Boletín de ICCRS para Servidores se adquiere con una suscripción anual de 15€ por correo electrónico.

El Boletín de ICCRS para Servidores es una publicación internacional editada junto con el Noticiero de ICCRS. Su propósito es proveer información sobre temas decisivos de la RCC.



Parece que existe en general una falta de amabilidad en el mundo y aparentemente, un estudio sobre el fruto del Espíritu, la amabilidad, nos ayudaría a ver dónde podemos encontrar una mayor claridad y convicción para el uso y el crecimiento de la amabilidad en nuestras relaciones diarias. Gálatas 5, 22 dice: «En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (CEE). En *La vida espiritual*, Adolphe Tanquerey afirma: «Cuando un alma corresponde fielmente a las gracias reales que ponen en marcha las virtudes y los dones, lleva a cabo actos de virtud, al principio imperfectamente y con dificultad, luego más perfectamente y con mayor deleite de manera que el corazón se llena de santa alegría. Estos son los frutos del Espíritu Santo, y se pueden definir como actos de virtud que alcanzan un cierto grado de perfección y llenan el alma de santa alegría» (La vida espiritual, pág. 635-635). La amabilidad es una virtud que “reanima el espíritu” y “toca los corazones” de las personas que nos encontramos en nuestras vidas. Cuando la amabilidad es amplificada por la gracia, los teólogos lo llaman una virtud sobrenatural o infundida, que se nos da en el bautismo; y cuando esa virtud de la amabilidad se hace parte de nuestra misma naturaleza (perfeccionándonos en la gracia) es una manifestación del fruto del Espíritu Santo. La amabilidad, por lo tanto, implica actos de amabilidad, y estos actos de amabilidad pueden aumentar mediante la práctica, la oración y la vida sacramental. Tanquerey reitera esto: «Estos frutos difieren de las virtudes y dones del mismo modo como los actos difieren de la facultad que los ocasiona. Es más, la designación de frutos no corresponde a cada acto de virtud, sino sólo a esos que son acompañados por una cierta dulzura espiritual. Al principio, los actos de virtud exigen a menudo un gran esfuerzo y a veces nos resultan desagradables. Pero una vez que nos hemos acostumbrado a la práctica de la virtud, adquirimos facilidad y realizamos estos actos sin gran dificultad, más bien con placer como lo hacemos en los actos que llevamos a cabo como resultado de un hábito adquirido. Es en ese momento cuando los llamamos frutos. Es por lo tanto por el cultivo de las virtudes y los dones que se obtienen los frutos. Es, por ende, a través de la cultivación de las virtudes y de los dones que se obtienen los frutos; y a través de éstos, conseguimos las bienaventuranzas, que son el prelude para la dicha eterna». (ibid pág. 636). Santo Tomás de Aquino afirma: «Son frutos todas las obras virtuosas en las que se deleita el hombre» (Summa Theologica, Qu. 70, a. 2). Parece entonces que el objetivo es volverse competente en practicar estos actos de amabilidad en colaboración con el Espíritu Santo.

Cuando pensamos en ser amables, nuestra reflexión debería comenzar por Dios mismo. Un hermoso pasaje que muestra esto es Tito 3, 4-7:

Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hubiéramos

hecho nosotros, sino, según su propia misericordia, nos salvó por el baño del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos, en esperanza, herederos de la vida eterna. (CEE)

El difunto Padre Lovasik escribió un libro maravilloso llamado “El poder oculto de la amabilidad” (Sophia Press). El Padre Lovasik dice que incluso una sonrisa amable o un pequeño cumplido pueden causarle alegría a alguien. ¡Yo pienso que deberíamos decidir orar para pedirle al Espíritu Santo que madure el fruto de la amabilidad en nosotros! «Pedid, y recibiréis» (Juan 16, 24).

En relación a este poder de la amabilidad, el Padre Lovasik afirma: «Con todo el mundo estamos obligados a ser no solo amables, sino particularmente amables. No hay amabilidad si no es particular. Su atractivo reside en que es justa y oportuna, y se practica individualmente. La amabilidad lo suaviza todo. Hace florecer las aptitudes vitales y las llena de su fragancia. Se parece a la gracia divina: confiere al hombre algo que ni la persona ni la naturaleza son capaces de ofrecer. Le da lo que necesita, o lo que —igual que el consuelo— solamente otra persona puede dar. Y el modo en que lo da es ya de por sí un regalo mucho mayor que lo que da. El impulso secreto que hace actuar a la amabilidad es un instinto que constituye la parte más noble de ti. Se trata de la huella más innegable de la imagen de Dios que recibimos en el principio». (El poder oculto de la amabilidad, pág. 8).

He aquí las sencillas reglas del P. Lovasik para ser amables:

NO

1. No hables mal de nadie.
2. No pienses mal de nadie.
3. No actúes mal contra nadie.

SÍ

1. Habla bien de alguien al menos una vez al día.
2. Piensa bien de alguien al menos una vez al día (esto nos enseña a pensar con amabilidad, algo que no hacemos en nuestros pensamientos secretos).
3. Realiza un acto de amabilidad hacia alguien al menos una vez al día (y al ir creciendo esta virtud estos actos se pueden multiplicar).

Cuando no eres amable, dice el Padre Lovasik, haz un pequeño acto de contrición y decide hacer actos de amabilidad en tu vida. Practicar estas sencillas reglas no es fácil y exigirá un esfuerzo consciente y sacrificio, pero cumplirlas nos llevará a un crecimiento en santidad al hacernos menos egocéntricos y más humildes. La amabilidad, como la paciencia, implica una cierta forma de mortificación. La amabilidad es un tipo de amor o caridad. Francamente, no cuesta mucho ser amables, o decir una palabra amable a alguien. 🙏



LA CRUZ DE LA RENOVACIÓN

Tenemos la alegría de anunciar la reiniciación de la producción y distribución de la Cruz de la Renovación. El proyecto, que fue ideado y realizado en Canadá por nuestro hermano que ahora esta en el cielo, René Brimo, de dar un símbolo de pertenencia y de testimonio a la corriente de gracia de la Renovación Carismática Católica como apoyo al ICCRS en su misión de servicio en todo el mundo.



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿ES LEGÍTIMO HABLAR DE “IMPARTICIÓN” DEL ESPÍRITU SANTO?

Hoy en día, a menudo las personas hablan de una “impartición” del Espíritu Santo de una persona a otra. ¿Es esto válido y legítimo para los católicos?

El término “impartición” como se utiliza a menudo hoy en día es una manera de hablar sobre cómo una gracia del Espíritu Santo puede pasar de una persona a otra. La gracia puede ser un carisma específico o manifestación del Espíritu, o una nueva efusión del Espíritu Santo, o el bautismo en el Espíritu. Aquellos que tienen una unción especial son a menudo las personas que el Señor utiliza como instrumentos para impartir esa misma unción a otros en el Cuerpo de Cristo. La impartición en este sentido no se debe confundir con el don pleno del Espíritu Santo que se da a través de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, ni con el don de la Ordenación al Ministerio que es otorgado a través del sacramento del Orden. El hecho de que el Espíritu Santo pueda derramarse de un creyente común y corriente a otro es un signo de la interconexión que existe en el cuerpo de Cristo, en la cual todos los miembros están bien ajustados e unidos en el amor (Ef 4, 16).

Existen muchos ejemplos de impartición del Espíritu Santo en las Escrituras. A veces, sucede por la imposición de manos; en otras ocasiones, simplemente por medio de la oración o incluso solo por estar en presencia de otra persona ungida por el Espíritu. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, Dios tomó parte del espíritu que estaba en Moisés y lo impartió a setenta ancianos para que pudieran compartir la carga del liderazgo con él (Núm 11, 16-25). Más tarde Josué se llenó del Espíritu Santo para poder ser el sucesor de Moisés como líder de Israel; en este caso sucedió por la imposición de manos de Moisés (Deut 34, 9). De una manera más espontánea, se le impartió un espíritu profético al Rey Saúl simplemente por estar en presencia de algunos profetas (1 Sam 10, 10-11). La unción profética del profeta Elías se transfirió a su hijo espiritual Eliseo antes de que Elías fuera llevado al cielo (2 Reyes 2, 9-15). Eliseo rogó para recibir una “doble porción” del espíritu de su maestro (es decir, su unción para las sanaciones, los milagros, la profecía y para traer al pueblo de Dios a la conversión) y recibió lo que pidió.

En el Nuevo Testamento, después de que María fuera llena del Espíritu Santo en la Anunciación, visitó a su prima Isabel, y con su sola presencia y su saludo, el Espíritu Santo fue impartido de María a Isabel y a su niño no nacido (Lc 1, 41-44), lo que resultó en que Isabel comenzara a desbordar de alegría y alabanza a Dios. En Hechos, un creyente común y corriente llamado Ananías fue enviado por Jesús para impartir el Espíritu Santo a Pablo por la imposición de manos (Hechos 9, 17). Más tarde, Cornelio

y sus amigos se llenaron del Espíritu Santo simplemente al oír la predicación ungida del Evangelio hecha por Pedro (Hechos 10, 34-44).

En su carta a los Romanos, Pablo escribió que ansiaba visitar a los creyentes de Roma para poder impartirles un don espiritual para fortalecerles (Rom 1, 11). No es una sorpresa que Pablo deseara hacer eso, ya que él sabía bien que la fuente de toda su propia fecundidad en su ministerio era la unción del Espíritu Santo (ver Rom 15, 17-19).

Todos estos ejemplos difieren del don sacramental del Espíritu Santo que se da en el Bautismo (ver Hechos 2, 38), en la Confirmación (ver Hechos 8, 14-17), y en el Orden Sacerdotal (1 Tim 4, 14).

A lo largo de la historia de la Iglesia vemos también ejemplos de impartición del Espíritu, donde los bienes espirituales se comparten continuamente entre los fieles en el cielo y en la tierra. San Francisco Javier les enseñaba a los niños pequeños a sanar a los enfermos, transmitiéndoles de alguna manera su don de sanación y evangelización. Santa Teresa de Lisieux, después de reflexionar sobre la petición de Eliseo a Elías, pidió a “todos los santos del cielo que le alcanzaran su doble amor”; luego ese amor dio muchos frutos en su propia vida.

Es evidente en todos estos ejemplos que la impartición del Espíritu Santo puede suceder de muy diversas maneras, pero siempre con el propósito de que la gracia y el poder de Dios estén más operativos en la vida de una persona. La impartición no es algo que los seres humanos puedan hacer por su propio poder. Es un acto de Dios, dependiente de Su voluntad y Su gracia. Sin embargo, es algo que podemos pedir y buscar en oración. En efecto, Jesús enseñó: «Pedid y se os dará... Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?» (Lc 11, 9-13). Y Pablo exhorta continuamente a los creyentes: «dejaos llenar del Espíritu» (Ef 5, 18) y «anhelad también los dones espirituales» (1 Co 14, 1). A Dios le encanta derramar los dones que estamos buscando a través de los otros en el cuerpo de Cristo. Esto nos mantiene humildes y dependientes unos de otros.

Es importante evitar afirmar que hemos recibido una impartición del Espíritu Santo solo porque una persona particular ha rezado por nosotros. Las gracias del Espíritu Santo son conocidas por sus frutos. La única manera de saber si verdaderamente has recibido una impartición es si el Espíritu Santo comienza a manifestarse en tu vida de una manera nueva según el don buscado. 🏠